

EL CAFÉ BURRERO DE SEVILLA

Silverio Domínguez

Capítulo V del libro
"Ecos de un rincón de España".
Imp. H. Rodriguez. Valladolid, 1890

V.

EL CAFÉ BURRERO DE SEVILLA.

Transición brusca.=Andalucía desde el tren.=Sabor sevillano.=El café Burrero.=El Macareno Perez.=El Baile.=El Cante.=Una Juerga.

Cuando después de dejar las áridas planicies de Castilla y cruzar el campo por donde el manco de Lepanto hizo correr sus aventuras al hidalgo Manchego, se penetra en la región Andaluza, no sé como definir la sensación que sufre el espíritu.

Agobiado como estaba ante la severidad de la naturaleza, ante la contemplación de esos gigantescos monumentos de la edad media, de esas

moles de piedra, viejos testimonios de los tiempos heróicos y de vida asceta; trasportado ante tanta maravilla á las edades culminantes de nuestra historia: viendo á cada paso la torre derruida, el castillo agrietado, la catedral de oscuro tinte, todo ello impregnado de una magestad sombría y solemne fiel reflejo de otros tiempos: viendo el cielo brumoso casi siempre, raquíticas sus praderas, ceniciento su suelo, anémicos el abrojo y la maleza; después de observar todo esto y al penetrar repentinamente en Andalucía, se esperimenta una sensación de placidez, de bienestar, que nos hace respirar con fuerza y ensanchar el pecho, en medio de una nota alegre y risueña, como alegre es el cielo y risueña la naturaleza de esta región.

El azul firmamento diáfano como la ilusión del niño, aquel aire embalsamado con el aroma vario y delicado de sus verdes praderas, esmaltadas caprichosamente con los millares de florecillas que la adornan; aquella vegetación lozana, aquellas montañas, aquellas llanuras, verdaderos vergeles de un pais soñado; esas blancas casitas que destacan en medio de los variados paisajes; esas pueblos fantásticos, esas ciudades todavía musulmanas con sus minaretes, con sus mezquitas, con sus palcos y con sus esbeltas palmeras: esas mujeres risueñas como las castañuelas, esos hombres bulliciosos y socarrones, ese encanto, ese ambiente jamás visto; esos bosques de olivares, esos naranjales, esos típicos cortijos, esas huertas hermosas, esos

cantos populares, esa entonación que tiene el pais andaluz, os cosquillea el espíritu, predisponiéndoos á lo risueño, á lo alegre, á lo retozón.

*
* *

Pasemos por alto á toda la comarca, pasemos por alto á Sevilla, no nos detengamos en su majestuosa catedral, en el paseo de las Delicias, en San Telmo, en Triana, en la calle de la Sierpe, en la Torre del Oro, en las orillas encantadas del Guadalquivir, en el Alcázar; pasemos por alto todas estas maravillas tan artísticamente descritas por los poetas y por los hijos de Apeles, no profanemos su magnificencia tratando toscamente de ellas: quede para los verdaderos escritores la descripción clásica de la calle de la Sierpe por

donde pasa toda la gente *crua* de Sevilla, vaya libremente el torero y la serrana, vaya el señorito y pase la graciosa sevillana y vuelva á pasar la cigarrera, más fresca que las rosas que cuida en su balcón; quede para los poetas cantar el patio andaluz con sus aromas y frescor; canten á la Giralda hermosa, canten y hagan resucitar los tiempos de la media luna al describir el suntuoso Alcázar con sus jardines encantados; canten que la poesía brota á raudales cuando de Sevilla y de Andalucía se trata, y ya que á mi pluma pecadora no le sea permitido abordar empresa tal, huyamos de tanta esplendidez, salgamos presurosos de estos sitios tan celebrados, y vayamos de incógnito por oculta y tortuosa callejuela, penetremos por esa puer-

ta mezquina, y subiendo sin recelo los desiguales escalones oscuros como los ojos de las sevillanas, y retorcidos como busto de cigarrera, penetremos por fin á uno de esos rinconcitos clásicos donde se ha condensado todo lo flamenco, donde se ha refugiado el *cante hondo,* el baile andaluz, donde se esconde el garbo y la *grasia é María Santísima,* donde revoletea el entusiasmo al compás de una guitarra, donde brota la sandunga y el salero, y donde se derraman rios de manzanilla en medio de una atmósfera estimulante que hace olvidar todas las penas.

¡Ah! maresita é mi arma... lo que allí se ve, lo que allí se observa, y lo que allí se goza!!!...

*
* *

Es el café Burrero una *quisicosa* de tan estraña catadura, que á nada se parece y menos á café; aquello es Burrero, y nada más que Burrero, es decir, un local donde se oye cantar, se ve bailar, y se toman aliñaas y manzanilla como si fuera agua.

El café Burrero está constituido por un local estrecho y largo como látigo de gitano, bajo de techo como sótano de cortijo, que tiene en el fondo un tabladillo alto donde se zarandea á gusto la incansable bailadora, y donde larga sus *jipíos* la bronca flamenca.

Haciendo ángulo con este salón, tiene otro más corto á la altura del tablado, hábilmente dispuesto para sin ser visto por la gente de la bronca, poder ver y escuchar lo que pasa en el tablado, y comunicarse constantemente con las flamencas.

Las no muy limpias paredes del local sostienen algunos menguados cuadros de estilo *cruo* andaluz almazarronados que es un contento: el suelo cubierto de mesas donde se agrupa la *gente del bronce* para jalear á las flamencas; allí toma asiento el serrano cortijero y el gitano fanfarrón; allí acude el artesano para tomar unas cañitas con la suelta cigarrera que corteja; allí va la familia de los arrabales llevando á los *pinreles* que ya dejan asomar sus inclinaciones y entusiasmo flamenco; allí acude el viejo terne perdonavidas de oficio para largar unos cuantos olés! de autoridad con su voz aguardentosa; allí se ven esos típicos grupos de cigarreras y costureras en medio de majos y chulos, de chalanes y medio-señoritos, ellas con su

rosa á la cabeza despidiendo pimienta por todos sus poros, y ellos de chaquetilla y pantalón ceñido, más jacarandosos que *er muncio,* escupiendo por el colmillo, y mirando de soslayo á todo lo que huele á faldas, sin dejar de largar chistes y cuchufletas á todo bicho viviente que pase por su lado.

El local se llena pronto de una atmósfera particular de humo de cigarro (tagarnina) y olor de manzanilla, que ocasiona la embriaguez del entusiasmo y de la locura.

En el pequeño que forma el ángulo hay unas divisiones de toscas barandillas que limitan pequeños departamentos de una capacidad como para seis personas, que tienen en el centro una resistente mesa rodeada de sillas de paja, y allí es donde for-

man íntima conjunción los señoritos despreocupados, los viajeros curiosos y los preferidos, con esas flamencas sandungueras que alborotan el cotarro del salón.

En aquellos departamentos abiertos se le saca el dinero al embobado inglés que observa atónito y encendido cuanto pasa á su alrededor; allí se cree trasportado á un mundo ilusorio al contemplar la gracia y las maneras de aquellas mujeres voluptuosas, tan diferentes de las que ve y contempla en la nebulosa Albión: allí corre la manzanilla, allí se escuchan las agudezas, allí se ve el chiste y la gracia para *desfacinar* al *estrangis*, y para complacer al rumboso viajero, ó amante aficionado; allí se habla, y se toca, pero... ni agua... todo lo que se sirve es man-

zanilla, y pare usted de contar, cada flamenca tiene su *gaché* y le son fieles como perros de raza.

A estos departamentos acuden las *niñas* flamencas al *guipar* una cara desconocída, y allá se cuela la Pepa, la Juanílla, la Nicanora, la Dolores, y allá me vuelven loco al que no sabe ó no puede competir con ellas en gaznate y en salero.

Astutas como ardillas piden y piden cañitas y más cañitas, y *Vaya por la salusita de usté;* y *por quien usté más quiera;* y *por la grasia que Díos le ha dáo,* así se desborda el rico vino, y así se pasa la noche entre manotones y condescendencias, en medio de una atmósfera embriagadora, y en medio de un mundo estraño, que subyuga y fascina la primera vez que se acude á Burrero.

Aquel modo de hablar que atrae como poderoso imán, aquellas carnes tan al natural medio pudorosas, medio descocadas; aquel traje manolesco, aquellos mantones de Manila con sus largos flecos, aquellos desenvueltos ademanes, aquella liberalidad cautivan de tal modo, que sin sentirlo se pasa la noche, y viene el dia á sorprender al entusiasmado público que no se cansa de saborear tanta y tan agradable emoción.

*
* *

El tablado es el punto de atracción para el público porque allí está Perez, el simpático y macareno Perez con su parlanchina y retozona guitarra, especie de orquesta flamenca que lleva con sus acordes el fluido mágico del *cánte* y del baile andaluz.

Cara bonachona y rasgos truanescos, tupé torero, traje flamenco distintivo, camisa de plaza, chaquetilla y pantalón ceñido, ya tenemos al hombre: gran zapateador, sus piernas deben ser de acero por lo resistentes y de goma por lo flexibles: su cuerpo se culebrea por las contorsiones que le hace sufrir el entusiasmo.

Toma la guitarra, rasguea con garbo y precisión, tan pronto golpea como pasa suavemente sus dedos por el mástil, reposado primero no tarda en principiar el compás con los pies, los va moviendo cada vez más, quiebra el cuerpo torero que Dios le ha dado y concluye por levantarse nervioso del banco, y tocando á la par inicia un zapateado y un repiqueteo sobre el tablado que

vuelve loco á quien contempla aquel cuerpo, manojo de nervios que se agitan y retuercen sin sentir fatiga ni descanso.

Este es Perez, el cruo y macareno Perez que se pasa toda su vida bailando y rasgueando la guitarra para acompañar á todo *cantaor* ó *cantaora*, de valía, en la perla del Guadalquivir, y quien sostiene el fuego sagrado del cante y del baile en la tierra de María Santísima: este es el digno sucesor del gran Silverio.

Rodean á Perez una docena de buenas mozas más cruas y sandungueras que el bolero, jóvenes de gracia y salero, que unas cantando, otras bailando, esta por lo *jondo*, aquella por lo fino, una *jaleando*, otra *jipando*, y todas dando cuanto pueden dar de flamenco y clásico en

cánte y baile andaluz, para enloquecer al apiñado público que todas las noches acude á Burrero desde las ocho hasta el amanecer.

*
* *

Allí está la Nicanora, mujer de *búten,* de mucho aguante y buenos cimientos, frescota y rosada más que la flor que adorna su peinado: cara picaresca, ojos zaragateros por lo grandes y rasgados, mirada asesina que produce choque, cintura de junco, pies tan chiquititos como enredadores.

Viste de percal la falda que le arrastra, y ceñido al exuberante busto un pañolón de Manila de largo fleco, que no se atina como puede quedar tan artísticamente colocado, para sin ocultar la cintura y parte del seno,

venir á darle un aire tan retrechero que cautiva á todo el que la mira.

Principia á oirse el rasgueo de la guitarra, acompañan los palitroques chocando en las sillas, empiezan las pataditas de las *niñas*, brotan los olés! en el tablado, y la Nicanora moviendo con majestad sus anchas caderas se planta en el centro y queda por unos momentos como una estátua digna del cincel de Fidias.

Se oye el repiqueteo de sus pies, se ve el culebreo de su cuerpo, ondulan sus caderas, principia el movimiento de sus rósados brazos, empieza el zarandeo, juega su alabastrino cuello y su cabeza fascinadora, y ora sacudiendo las palmas, ora retorciendo sus remos y agachándose y estirándose como lasciva tentación, y avanzando y retrocediendo

como la lujuria, y animándose por grados hasta el *molinete*, llega al momento culminante en que haciendo todo á la vez, y retorciendo su talle como flexible junco, y respirando aceleradamente, estallan los *Olé por tu mare!!... ¡Bendita sea tu grasia!!... ¡Ole por lo güeno! ¡Olé por la jembra é trapío!* y brotes calurosos de entusiasmo que enardecen más y más á la *bailaora* y enloquecen á todo el público, que no pierde movimiento ni postura, ni escarceo ni patadita, ni quiebro, ni taconeo.

La cabeza mejor asentada, el espíritu más sereno, no resiste tan fascinadora tentación.

La bayadera con sus contorsiones no llega á donde alcanza la bailadóra andaluza: la bayadera no enardece como esta: aquí hay más arte, más

viveza, más espresión, superior al voluptuoso abandono de aquella: hay en la andaluza una mezcla de recato y descocamiento, de lascivia y de pudor, de resistencia y abandono, que ni el Asia ni el Africa pueden producir: esto ha brotado del suelo de Andalucía, ha surjido de estas imaginaciones esplosivas, de estas pasiones candentes como lava de volcán, que solo en el pecho andaluz pueden tener cabida.

Esto no se enseña, esto no se aprende, esto nace con la andaluza sobre quien la naturaleza ha derramado toda su gracia, todo su salero y toda su sandunga.

¡Olé por las bailaoras!

Una ovación unánime atronadora termina el baile, y la Nicanora llamada de todos los reservados que la

admiran, tiene para todos una sonrisa, una gracia, un chiste, y la bastante resistencia para las cañitas de manzanilla que la brindan incesantemente.

*
* *

Vuelve otra vez á oirse el rasgueo de la guitarra pero en ritmo cadencioso, gime bajo los dedos de Perez, se oyen las palmas de las hembras del tablado, y el salón queda mudo.

La Juanilla se sienta al lado del *tocaor,* y batiendo las palmas y meneando sus diminutos pies á éstraño compás, larga un gemido prolongado que va poco á poco creciendo y termina por una especie de suspiro melancólico, vago como la ilusión, y tierno como un idilio.

¡Olé tu mare! ¡Olé por lo güeno! esclaman de muchas partes á la vez.

La Juanilla vuelve á gemir melancólicamente entornando los ojos y zarandeando algo la cabeza, y al primer rasgueado fuerte de la guitarra ataca una soleá de estilo que no hay más que pedir:

Várgame Dio é mi via
lo que quiero á ese gaché,
er dia que no le veo
lo retrato en la paré.

¡Venga de ahí! ¡Tu mare! ¡Olé por el cante! ¡Oh... olé!... vuelven á esclamar en el tablado y en el salón, y la Juanilla animándose por grados larga suspiros de su flexible garganta que entusiasman á todo el que la escucha.

Trina con un gracejo y una inflexión tal, modula de tal manera, y

satura su canto de un sentimentalismo tan arrullador, que sin quererlo trasporta al oyente á uno de esos santuarios árabes donde se desborda la melancolía y la pasión en medio de una atmósfera embriagadora saturada de arábicos perfumes, teniendo delante los pálidos reflejos de la luna que bañan con su tibia luz á la mujer ,preferida que os está fascinando.

Esas cadencias del cante flamenco, incisivas como súplica amorosa, esos suspiros prolongados acariciadores como la pasión, ese ritmo vago y poético que brota espontáneo del pecho de la *cantaora,* recuerda á la esclava hurí que cantando en dorado minarete suspirara quejumbrosa para obtener el cariño del sultan que la escucha adormecido.

El *cante* flamenco si bien es la herencia que el árabe dejára en Andalucía, tiene actualmente su expresión propia y genuina: incubado por el pueblo árabe ha nacido en la tierra de *María Santísima*, al calor de la poesía y encanto que tiene su suelo y tiene su cielo; ha nacido de esas pasiones ardientes, de esas imaginaciones esplosivas, de ese temperamento soñador, de esa atmósfera embalsamada, y de ese todo mágico y poético que Dios ha derramado allí, y por eso que solo allí se escuche, y solo allí aparezca el genio que exprese lo vago, lo melancólico, lo arrullador, lo poético, lo tierno, lo vaporoso, en fin, el cante flamenco.

La Juanilla radiante de entusiasmo, en medio de un público que la *jaléa* y aclama de mil modos, larga

copla tras copla, y lo mismo ataca el polo como un jaleo gitano, hasta que levantándose airosa y sandunguera deja el puesto á otra, refugiandose en un reservado donde corre la manzanilla á torrentes, como ella quiera, pues es soberana su voluntad en aquel momento.

*
* *

La guitarra del incansable Perez repiquetea alegre y retozona, sus cuerdas despiden chispas de alegría, y todos los del salón saltan de sus asientos, movidos por el incitante ritmo de *las sevillanas.*

Allá va la Dolores, la simpática y querida Dolores con unos ojos que parecen áscuas, provocativos y bailadores como ellos solos, con una sonrisita retozona que le hace aparecer

los hoyitos en las megillas, hoyitos celebrados en Burrero, lo mismo que su desvergonzada nariz, nariz algo remangada que le imprime un aspecto socarrón y malicioso como las sevillanas que acostumbra á cantar.

Toma asiento al lado de Perez y sonando las palmas larga esta copla:

Para caras bonitas
mamita, la macarena,
la macarena.
Para cuerpos grasiosos
salero, la que lo tenga.
Y al estribillo,
una pulga saltando
quebró un lebrillo,
la tinaja del agua,
y el perrenguillo.

¡Juy! chiquiya... venga de ahi! ¡Viva la grasia! ¡Vaya por er salero é la tierra!... esclaman entusias-

mados de todos los rincones del café, sacudidos por el alegre canto de la Dolores, que acaba de electrizar á todo el mundo.

Larga copla tras copla con picaresco donaire y provocativa gracia, y llega un momento en que todos participando de la general locura, sisean y *jalean* hasta que termina el canto en medio de una algazara propia tan solo de Burrero.

*
* *

Vuelve el baile clásico, sigue lo *jondo* del cante, aparece el bolero con cuatro macarenas de gran rosetón, y un par de *gachés* mas *cruos* que un pepino, y en estas andanzas donde suenan las castañuelas y se lucen los trajes Jerezanos, y ya muy entrada la noche sale á relucir la

pantomima, ó cuadro de costumbres andaluzas interpretado por toda la *gente del bronce*, de la manera más patibularia que se puede concebir: un biombo pintarrajeado sirve de decoración, trajes de contrabandistas armados de descomunales trabucos, sale la marquesa, sale un muñeco que figura su hijo, aparece el *sietemesino* que recibe unos cuantos culatazos enmedio de la hilaridad general, y termina con un baile entre Juan Palomo y la marquesa, coreado por todas las chiquillas y *gachés* del tablado; así da remate la diaria función de Burrero, escepto cuando de algun reservado donde sin cesar corre la manzanilla esperan el despejo para inaugurar una *juerga* en regla, donde se baila encima de la mesa, donde se canta por todo lo alto,

y donde chisporrotea la gracia *é María Zantísima.*

En estas juergas es donde se aprecia debidamente el cánte y el baile: estimuladas las macarenas por los requiebros incesantes, por las cañitas de manzanilla; sustraidas á las miradas indiscretas de los soplones, se muestran tal cual ellas son, espansivas y zaragateras, locuaces, chistosas y condescendientes, para bailar encima de la mesa sin tropezar en las cañas, mostrando un cuerpo de sílfide digno de un rey.

Allí se canta con inspiración espontánea verdaderamente artística, imprimiendo giros nuevos, é inventando cadencias de acuerdo con el estado del ánimo.

Se llega al frenesí de la locura, no se ve más que cuerpos tentadores,

posturas lascivas, contorsiones de sirena, movimientos voluptuosos, y no se oyen más que suspiros lánguidos y prolongados, trinos zalameros y arrobadores, cadencias sentimentales, que alternan con el chisporroteo de las alegres *sevillanas;* notas incisivas y bailadoras que concluyen por trastornar la cabeza, no percibiéndose en último término sino los golpes de la guitarra, y el eco confuso de las armonías adormecedoras, pero bajo un estado ideal y poético, especie de arrobamiento que sin quitar la noción del ser, nos sume en un dulce ensueño, hasta que los intempestivos y audaces rayos del sol nos sacuden con viveza al chocar en el rostro, llamando al órden y como quien dá la voz de alerta.

¡Con que pesar se termina la ja-

rana! ¡Con que sentimiento se deshace la íntima reunión!

No son pocas las veces que sin reparar en el astro rey, ha seguido la juerga hasta que era preciso dar entrada en el local á la gente que acude cotidianamente, es decir á las ocho de la noche: pero lo frecuente lo establecido es terminar la *juerga* con la salida del sol.

* * *

Burrero queda por fin en el silencio, pero parece como si de sus paredes brotaran los *olés* y las esclamaciones entusiastas; el tablado repercute los ecos melancólicos, y el alegre repiqueteo de las bailadoras; se huele á manzanilla, como se cree percibir la ondulación de la guitarra de Perez, y hasta cuando se

mueve una silla parece que es el choque de las castañuelas.

Allí todo es macareno, todo terne, todo genuinamente andaluz; allí se respira alegría y buen humor, allí se goza de la vida, y allí se dá uno cuenta del porque, y para que hemos nacido.

De Andalucía Sevilla; de Sevilla el café Burrero.

